



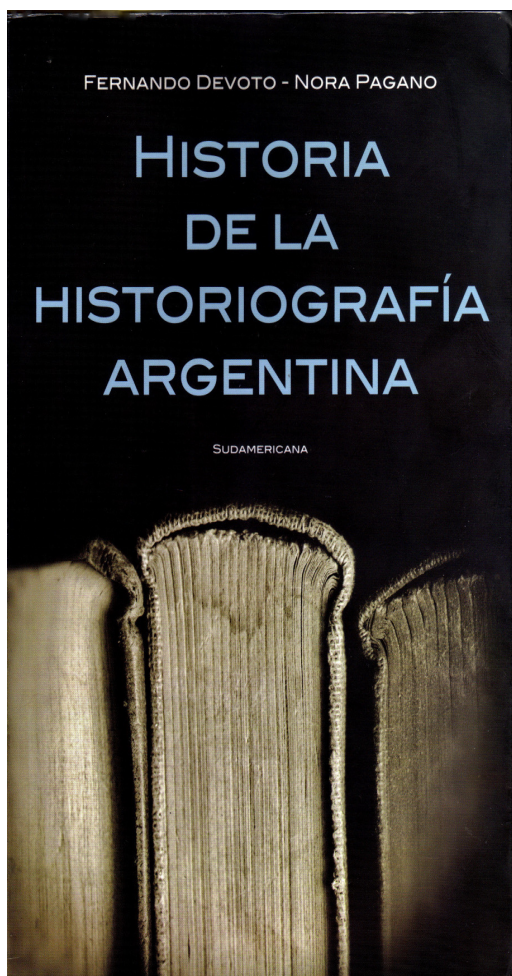
Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 3, N° 5- Rosario- Argentina, Octubre de 2010

ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 42-46

DEVOTO, Fernando; PAGANO, Nora, *Historia de la historiografía argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, 475 páginas, ISBN 978-950-07-3076-1

Valeria A. Príncipe¹
Universidad Nacional de Rosario



Reseñar un libro que contiene decenas de otros libros no es tarea sencilla. Se produce un juego especular donde se superponen las miradas de los autores, de los protagonistas y de quien reseña, todos insertos además, en el cambiante escenario cultural argentino. A esta primera complicación, se suma la que los mismos autores anuncian al inicio de su libro: la dificultad de establecer los límites de lo que debe ser incluido en el libro, así como la de cómo organizar las tendencias historiográficas que se tratarán en cada capítulo.

Desde el pionero intento de sistematización de Rómulo Carbia en 1925² (que funcionó, además, como modo de legitimar una tradición) los trabajos dedicados a la historiografía argentina han delimitado la cuestión, abordando ciertas problemáticas o autores, pero no se ha planteado un recorrido general como en este trabajo, entre otras cosas porque no es sencillo plantear los límites de aquello que debe ser incluido. En este caso hubo especial cuidado en no adoptar un criterio tan abarcador que terminara por incluir todo lo escrito en el período -con lo que el resultado, lejos de constituirse como una historia de la historiografía, hubiera estado más cercano a una historia de la cultura argentina, según los autores- pero al mismo tiempo, se tuvo presente que la delimitación no podía ser demasiado estricta

ya que debía permitir la inserción de manifestaciones dispares (“la pura erudición, la mera crónica, el ensayo interpretativo o el apurado panfleto”) que son las que conforman la especificidad de la producción historiográfica local.

¹ Recibido: 27/7/2010

Aceptado: 15/9/2010

² Rómulo D. CARBIA, *Historia crítica de la historiografía argentina (Desde sus orígenes en el siglo XVI)*, Buenos Aires, Ed. Coni, 1940 (2ª Ed)

Esta misma complejidad se instala al momento de señalar el arco temporal, pero los autores resuelven ubicar el momento inicial con Mitre y la tradición erudita y el cierre del ciclo hacia fines de la década del '60. Admitiendo que con este recorte quedan afuera autores significativos que abrieron caminos de investigación que no fueron continuados, los autores aclaran que este recurso se adopta más que nada con el objetivo de lograr un relato más prolijo a la vez que advierten que trabajarán sólo con autores argentinos.

De este modo, las tradiciones que organizan los capítulos son “Surgimiento y consolidación de la historiografía erudita”, “Los historiadores positivistas”, “La Nueva Escuela Histórica”, “El revisionismo histórico”, “Historiografía de izquierdas” y “La renovación historiográfica”. El índice sugiere el objetivo fundamental del libro, que es el de realizar un recorrido general por las tradiciones más importantes dentro de esos cien años, intentando sistematizar y brindar un panorama lo más completo posible de los distintos autores que han investigado y debatido sobre el pasado argentino.

El objetivo se logra ampliamente y es de destacar la homogeneidad de la obra que hace casi imperceptible el cambio de pluma entre uno y otro autor, si bien los capítulos son trabajados intercaladamente por cada uno. En este sentido, uno de los principales aportes del libro es que al recorrer los itinerarios historiográficos de decenas de autores, se presenta ante el lector un repaso de las distintas “estaciones” (como las llaman Devoto y Pagano) por las que transitan los historiadores a lo largo de su producción intelectual, atravesados por las coyunturas políticas e institucionales, de modo que esas breves biografías introducen una mayor densidad a lo que podría ser la descripción estática de corrientes de pensamiento histórico.

En relación con esto, es de advertirse que los límites en los ciclos en muchos casos coinciden con acontecimientos político-institucionales que revelan la escasa autonomía del campo académico respecto de éstos. Desde la batalla de Caseros, pasando por el Centenario, el golpe del '30, la revolución del '43, el peronismo y su derrocamiento en el '55, así como la llamada Revolución Argentina del '66 son momentos en los cuales el Estado y las clases dirigentes apelaron a la historia en busca de un discurso legitimador. Las respuestas a esta demanda nunca fueron inmediatas ni puede considerarse a los historiadores como un grupo homogéneo que actuaba como tal: precisamente, la complejidad del proceso de profesionalización en la Argentina hizo que permanentemente coexistieran los ámbitos académicos con instituciones oficiales que nucleaban estudiosos con distinto grado de rigor metodológico -y que funcionaban más como espacio de sociabilidad que como sedes de investigación- así como con circuitos más cerrados como los partidos políticos y más abiertos como proyectos editoriales y culturales. Evidentemente, la complejidad del escenario se relaciona con la demora en la clausura profesional que delimitaría el campo. Pero, como admite Devoto, al no existir la figura de “ejercicio ilegal de la historia” y al surgir cíclicamente desde la sociedad la demanda por la búsqueda de explicaciones en el pasado, las lecturas se superponen y las voces se suman estableciendo su propio vínculo desde el presente.

Así, el peronismo constituye un momento particular que reconfigura casi todas las tradiciones previas y posteriores: las formaciones se reorganizan, las posiciones se relativizan y los discursos se reposicionan en torno a la comprensión del fenómeno. Teniendo presente, además, que durante el período '45/'55 no se adoptó una postura historiográfica específica y que en todo caso la actitud fue la de no generar nuevos frentes en este sentido, su existencia y las consecuencias de su derrocamiento modificaron para siempre el escenario historiográfico previo.

Como éste, hubo otros momentos políticos que afectaron, no sólo el espacio institucional que de a poco se iba conformando, sino la percepción de los problemas y procesos históricos argentinos. En un primer momento, la superación de la etapa de la guerra post revolucionaria creó el contexto adecuado para el inicio del proceso de consolidación de la historiografía erudita; este contexto supone la confluencia de factores de diverso tipo tales como

la progresiva diferenciación de un relato histórico dentro del terreno literario, la expansión de la prensa periódica y la difusión del libro (con todo su circuito de librerías como centros de sociabilidad y de acceso a las novedades editoriales y documentos raros) y la incorporación de técnicas de crítica documental que delimitaban un campo que comenzaba a especializarse.

Pero es a partir de la *Historia de Belgrano* (1858/59) de Mitre donde puede identificarse el paso de un estudio biográfico (que abundaban en la época) a la conformación de un relato histórico- donde el hilo conductor es la vida del personaje que sirve para relatar la historia de la Revolución- texto que originó sendos debates con Dalmacio Vélez Sársfield y J.B. Alberdi. Esta operación se afirma sobre todo en la tercera edición de 1876/7 con la incorporación del prólogo titulado *La sociabilidad argentina*, que logra vincular el pasado argentino con el legado colonial, poniendo el acento en la tesis de la nación preexistente. Tanto la obra como el debate posterior con Vicente F. López se han constituido como las piedras fundamentales del inicio de la disciplina: en este sentido, Pagano admite tal consenso, pero aclara que hay que tener presentes las distintas circunstancias que contribuyeron a que ese momento adquiriera tal relevancia.

Y si la continuación natural de este proceso pareciera ser el surgimiento de los jóvenes agrupados en torno a la Nueva Escuela Histórica (tal como ellos mismos se han ocupado de señalar) como siempre pasa, el escenario no es tan sencillo ni el recorrido tan lineal. En el cambio de siglo la producción de obras en torno al pasado es intensa, y muchos intelectuales, adscriptos a otras tradiciones, se sienten llamados a ofrecer su interpretación. De este modo, una celebridad como Paul Groussac así como los ensayos generados a partir de reflexiones emanadas de una matriz positivista coexisten y protagonizan este período de transición hacia la institucionalización de la práctica histórica.

Intelectuales diversos como los hermanos Ramos Mejía, Juan A. García, Ernesto Quesada, Rodolfo Rivarola, José Ingenieros y Juan Álvarez, entre otros, se encuentran agrupados bajo el amplio paraguas del positivismo - Carbia, Ricardo Rojas y Halperín, los denominaron más genéricamente “ensayistas”- conformando un heterogéneo conjunto de investigaciones históricas y científicas. Aquí se produce una de las primeras manifestaciones de la disyuntiva que enfrentan los historiadores del período: ¿la ciencia o la pedagogía nacionalizante? ¿el mito nacional o la objetividad desapasionada?. Las diferentes respuestas hacen que este capítulo se detenga en las trayectorias individuales y en las obras de cada autor para dar cuenta del espectro de inquietudes de este grupo homogéneo y heterogéneo a la vez que produjo ensayos integrando elementos de psicología social y temprana sociología, todo ello en el contexto de optimismo e incertidumbres sobre el futuro característicos del período.

De acuerdo al planteo de Devoto, es fundamentalmente ese amplio consenso liberal el que permitía la emergencia de estas variadas reflexiones en torno al pasado, escenario que se iba a modificar sustancialmente en la década del '30. Mucho antes de ello -y como mencionamos más arriba- lenta pero firmemente se estaba consolidando un grupo de jóvenes que advirtió la necesidad de ajustar la práctica histórica a parámetros mucho más estrictos derivados de un método específico y con una base institucional firme. De este modo, el grupo que luego dará en llamarse “Nueva Escuela Histórica” apostará a reservarse los lugares que lentamente irán dejando sus maestros para iniciar desde allí la reestructuración y la reorganización de los archivos, herramienta principal del historiador. La estrategia elegida será, además, la de apropiarse de uno de los recursos fundamentales de la naciente profesión, la crítica documental - para lo que fue necesario enfrentar a un intelectual del prestigio de Paul Groussac- a través de la cual se señala una instancia técnica que delimitaría el campo y el oficio del historiador.

Por eso, son las décadas del '20 y del '30 las de mayor densidad institucional ya que aparecen actores nuevos en el escenario intelectual: al ya existente ámbito académico universitario (fundamentalmente Filosofía y Letras de la UBA y Humanidades de UNLP), se suman la Junta de Historia y Numismática (que se transforma en Academia Nacional de la

Historia en 1938) y el Instituto de Investigaciones Históricas *Juan Manuel de Rosas*, creado en el mismo año. Orientados a diferentes públicos y con distintos objetivos dentro de su labor historiográfica, estas instituciones concentrarán el debate histórico en las décadas subsiguientes, si bien compartiendo el espacio con otras de diverso tipo que reunían a estudiosos inquietos por el pasado. Pero es justamente a partir de la década del '30 cuando se quiebra ese consenso liberal que mencionamos más arriba como consecuencia de las tensiones político ideológicas internacionales, lo que lleva a una polarización de las posiciones que pronto se volverán irreconciliables. El avance de los discursos cercanos tanto al nacionalismo como a las izquierdas internacionalistas dejaban entrever los límites de la historia liberal tradicional, a la que progresivamente se definirá como la "historia oficial" que debe desenmascarse.

Este será uno de los ejes del Revisionismo una vez asentado el mecanismo diferenciador entre un "adentro" y un "afuera" del campo historiográfico como resultado de la institucionalización producida en la década del '20. Si lo que delimita más precisamente a este revisionismo y lo diferencia de sus antecedentes es la utilización de la historia para objetivos políticos del presente, Devoto coincide con la "pertinaz tradición" que coloca al libro de los hermanos Irazusta *La Argentina y el imperialismo británico* (1934) como piedra fundamental del revisionismo. Es allí donde se evidencia por primera vez esta operación de visitar el pasado desde un reclamo presente, en este caso estableciendo un eje narrativo basado en las sucesivas claudicaciones de las clases dominantes locales que desembocan en la crisis contemporánea a los autores. Pero, desde una perspectiva estrictamente historiográfica, Devoto sostiene que el libro de Julio Irazusta *Ensayo sobre Rosas y la suma del poder* (1935) es el que sienta las bases para una recuperación de la figura de Rosas presentándose como opción ideológica frente al liberalismo, a diferencia de otros estudios anteriores sobre el mismo personaje.

Tanto Devoto como Pagano coinciden en discontinuar este núcleo inicial del revisionismo respecto de las derivaciones de los '60 donde se suman discursos vinculados a la izquierda nacional. Como decíamos al principio, el peronismo reconfigura el mapa político y socio-cultural -que ya de por sí no era muy ordenado- y a la salida de esta experiencia el escenario será totalmente distinto.

Nuevamente, si el revisionismo es difícil de definir y delimitar, otro tanto sucede con la historiografía de izquierdas. Tomando como eje aglutinador una matriz teórica marxista, Pagano sugiere que la variedad de versiones que parten de ese núcleo inicial fueron producto de los modos y las circunstancias en que se puso en práctica la operación historiográfica pensada como intervención política en la sociedad. Frente a esta variedad de versiones -que llegan a contradecirse entre sí- puede rastrearse una "posible genealogía" en la obra de José Ingenieros, quien había logrado una extraña amalgama entre motivos socialistas y cientificistas que le servían para comprender la cambiante realidad del primer cuarto de siglo. Aníbal Ponce es el discípulo que agregará una lectura más marxista a la receta de Ingenieros, y juntos constituyen este núcleo inicial del que partirán las más diversas interpretaciones.

A su vez, el Partido Comunista Argentino generará su propia mirada acerca del proceso histórico nacional durante el período de entreguerras buscando a partir de la elaboración de un diagnóstico preciso sobre la condición feudal o colonial de la Argentina del siglo XIX y la definición del carácter de la Revolución, elementos que ayuden a elaborar la agenda de tareas a seguir. En este marco, intelectuales como Rodolfo Puiggrós, Eduardo Artesano y Héctor Agosti integran el grupo inicial desde el cual se dispararán diferentes alternativas una vez que la rigidez partidaria impulse dispersiones.

El recorrido por la compleja trama de las historiografías de izquierda -sin olvidar que por fuera de las izquierdas tradicionales, intelectuales anarquistas y trotskistas también aportaron su interpretación debatiendo entre las distintas posiciones- encuentra su punto de inflexión a partir de la experiencia peronista, en torno a la cual se reconfiguran.

Fundamentalmente luego del '55 las izquierdas advierten la necesidad urgente de realizar un diagnóstico sobre la última década, lo que generó nuevos reagrupamientos de tipo diverso que incluyeron desde amalgamas tales como la izquierda nacional que posibilitaron acercamientos entre izquierda y revisionismo tradicional, hasta el desmembramiento de los grupos iniciales del PC que no podían acordar una misma interpretación del fenómeno. En estos casos ayudan las apelaciones que hacen los autores a las trayectorias individuales, justamente porque la disolución de los grupos y los frecuentes debates hacen dificultoso el seguimiento de las sinuosas líneas teóricas.

Sin dudas, el vislumbre de nombres, autores y obras conocidas (por nuestra propia formación académica) genera un hilo conductor entre los elencos nucleados en torno a la nueva izquierda, la experiencia de *Pasado y Presente*, y los grupos renovadores, tratados en el último capítulo. Algo de este juego emotivo parece advertirse también en el artículo de Devoto, que se detiene minuciosamente en las trayectorias de los protagonistas de este último período que cierra el ciclo en el '66 como un homenaje a aquellos que abrieron los espacios que hoy transitamos. El más importante, José Luis Romero, es presentado como uno de los principales responsables de generar caminos alternativos al dominio aparentemente absoluto de la NEH sobre las instituciones, ya que, puesto en el mismo escenario supo aprovechar las oportunidades que ofrecía el movimiento cultural de los '30. Si bien el proyecto de historia cultural encarnado en *Imago Mundi* por Romero no fue finalmente el modelo dominante en el grupo renovador, esta elección, según Devoto, es lo que le brinda su carácter excepcional comparado con otros intelectuales contemporáneos y se manifiesta, además, a partir de la investigación de temas de historia antigua; esto último le permitió establecer fluidos contactos con Fernand Braudel franqueando el acceso a la renovación metodológica que la historiografía argentina había demorado por décadas.

Pero este vínculo aparentemente no es más que una sensación que queda luego de leer este último tramo del libro. Desde el prólogo se deja bien sentado que el año 1966 representa el cierre de un ciclo, y los autores explican que no se extenderán más allá por razones de espacio y más que nada por el hecho de que a partir de allí se abre otro abanico de temas, un período “demasiado complejo y fragmentario” del que no es sencillo tomar distancia crítica. Pero además de estas dificultades de orden metodológico y editorial los autores entienden que los vínculos entre este período y el posterior (los '70 y la etapa democrática) no son tan firmes como suele afirmarse, más allá de algunas trayectorias individuales que son las que se despliegan con minuciosidad en el último capítulo. Ese punto de inflexión, entonces, es el que estaría justificando el cierre del volumen en ese momento histórico.

La obra, entonces, representa una importante contribución al estudio sobre la historiografía argentina por el enfoque integral con el que se ha encarado la organización de los temas, lo que no le ha restado minuciosidad en el tratamiento de los capítulos. Esta sistematización de autores, interpretaciones del pasado y circunstancias político institucionales, abarcando cien años de historia argentina, brinda un referente ineludible tanto para el lector recién llegado a estos temas como para los historiadores e investigadores del período.

Por último, un aporte adicional del libro lo constituye el índice bibliográfico del final en el que se detallan los estudios (libros, artículos, publicaciones) referidos a los temas de cada uno de los capítulos, con unas breves líneas de orientación sobre su contenido. Este apéndice brinda una valiosísima información, concentrando y organizando la bibliografía existente sobre cada uno de los temas, gentileza que el lector agradece.

Palabras clave: historiografía, historiadores, intelectuales, investigación histórica
Key words: Historiography, historians, intellectuals, historical research